

# BOLETIN OFICIAL

## de Mallorca.

NÚM.

284

### Artículo de oficio.

#### INTENDENCIA DE ESTA PROVINCIA.

*A los Bailes Reales y Ayuntamientos de los pueblos de esta provincia comunico lo siguiente.*

El precio que se ha señalado à la sal que se venda por menor en los estanquillos incluso el seis por ciento que se les concede de premio; será por cada catorce onzas, seis adarmes y medio castellanos 4 dobleros, por cada siete onzas, tres adarmes y un cuarto castellanos 2 dobleros, por tres onzas, nueve adarmes y cinco octavos castellanos 1 doblero. Dichos estanqueros tendrán para el servicio público tres pesas y balanzas que nivele cada una el de las tres que van referidas. Palma 24 de diciembre de 1834.—Antonio Laviña.

*A los Bailes Reales, Ayuntamientos y Subdelegados de esta Intendencia, comunico para su cumplimiento la orden siguiente:*

Dispondrán VV. que los individuos de esa corporacion que residan en los respectivos pueblos sufraganeos de esa villa, se constituyan en donde haya estanco, y en aquellos

que no lo hubiese lo nombrarán VV. al efecto, para que el día 31 del actual al toque de primeras oraciones se persone asistido de escribano, ó fiel de fechos, en cada uno de los espresados estancos, con el objeto de practicar un repeso y recuento de las existencias que les resulten en aquel dia, asi de tabacos como de salitre, azufre y pólvora y papel sellado que tuvieren, reconocimiento de pesas y enceres de la Real Hacienda. En su virtud se estenderá en el acto testimonio de la resultancia de dicha operación que se me remitirá sin pérdida de momento con el V. B.º de VV. por duplicado. Palma 26 de diciembre de 1834.—Antonio Laviña.

## ECONOMIA INDUSTRIAL.

### CARTA III.

#### Conclusion.

En el hogar pequeño, donde la madre de familia, es el alma de todo, es imposible, que el interior esté limpio, si ella no tiene las costumbres domésticas, que exige esta predileccion; esto es, si no cuida de su interior.

La coquetería obliga á la mayor parte de las mugeres á parecer limpias á lo menos en sus vestidos; pero si no tuviesen fortuna, inútil será todo empeño, á no ser que su casa fuese un modelo de limpieza. Si las sillas en que se sientan, y los muebles que tocan y manejan, están sucios; ¿cómo sus manos han de estar suaves, blancas y limpias? El esposo que entra en su casa despues de un largo y penoso trabajo y se ve en un muladar, y come en platos rotos y asquerosos, al lado de una muger repugnante y nauseabunda, ¿cómo ha de amarla, y hallarse bien, aunque nada le falte? Pero si lo encuentra todo limpio, su mantel y servilletas blancas; el plato bien lavado, y enjuagado su vaso, su comida será mas sabrosa, y aun le parecerá mas suntuoso su albergue; porque sin esto, ni la riqueza de los muebles vale nada, ni el lujo de la mesa satisface la delicadeza y el gusto. El poco aseo de las casas y de los vestidos, se her-

mana comunmente con el poco cuidado en la eleccion y preparacion del alimento y la bebida; y de aqui las enfermedades epidémicas tan frecuentes en los pueblo sucios.

La Francia hace trescientos ó cuatrocientos años era muy sucia, porque era muy bárbara; y asi la afligian las pestes, la sarna, la lepra, las enfermedades cutáneas; y su porquería, producía las fiebres de las cárceles hospitales y armada, cuando falta en estos la limpieza. No miro yo con astío los siglos de la edad media solamente, porque el hombre era grosero, inhumano, feroz; y ó un degradado siervo, ó un desapiadado señor; sino mas bien porque eran siglos mas sanos, sucios y repugnantes.

Las madres de familia que conocen el precio de la limpieza, y lo que vale el aseo de sus hijos; las bellezas que conocen, el encanto de una piel tersa de alabastro, y saben estimar este don, deben ser nuestras preceptoras, estender su gusto, la civilizacion, la perfeccion social, y la belleza ideal.

La limpieza es económica: nada nos enriquece tanto, como el órden. Con el fruto de nuestros pequeños ahorros, embelleceremos poco á poco con muebles útiles y modestos, las moradas de la pobreza; una industria perfeccionada producirá muebles de graciosa forma, y acomodados al uso, y de duracion, porque estarán bien hechos; serán baratos, porque este es el milagro de una industria perfeccionada; y entonces podremos comparar nuestras viviendas, con las encantadoras de la Suiza, Holanda é Inglaterra.

Un jardinito, un agradable vergel, al lado de nuestra casa, tan aseados y limpios, y tan cuidados como nuestros muebles y personas; una agricultura, y unas labores bien conocidas, que multiplican en el campo los verdosos setos, y los mas hermosos árboles; y nuestros prados artificiales, que aumentan la estension de una primavera eterna, será nuestra patria, una region bendita por el bienhechor de todo; y que recibirá de su mano, à un tiempo, la limpieza, el bien estar, la salud, las gracias y la hermosura.

No basta conservar, cuidar y embellecer: es menester tambien producir; y se produce por medio de un trabajo activo.

El amor al trabajo, no es un don natural de la especie humana: el salvaje es indolente; y no caza ni pesca, sino cuando tiene hambre; y satisfecha, se abandona à la ociosidad: quiere mas bien andar desnudo, que no trabajar para hacerse un vestido; y dormir en una caverna oscura y húmeda, que construirse una habitacion cómoda y saludable.

Los turcos medio bárbaros, y otros pueblos europeos, aman la indolencia, como si fuese la felicidad suprema: vegetan en la indigencia, y el ócio es su goce: he aqui la causa de tantos pobres, como hormiguean entre ellos. Nosotros tenemos tristes ejemplos de esto mismo. En Cataluña son pocos los pobres, porque hay amor al trabajo; mientras que en las provincias meridionales, donde un sol benéfico, una rica costa, y un suelo feraz, convidan á la abundancia, todo es miseria, porque el hombre robusto para el trabajo, pasa su dia en la esquina de una calle con el chicote en la boca.

¿Queremos aumentar la actividad del hombre? pues es-citemos la de su espíritu, cultivando su razon: los pueblos en su infancia, no tienen mas que imaginacion; pero no saben dirigirla à un objeto útil: duerme su razon, y matan el tiempo soñando, y espresando, con cantos ó danzas, sus vanas ideas. Sin embargo, procuran à veces, dar vuelo á su imaginacion, y entonces recurren à medios artificiales: toman aromas ó bebidas soporantes, llénanse sus cabezas de ideas vagas, que los encantan, por algunas horas, para sepultarlos luego en una profunda embriaguez. Y, luego que pasa este éstasis, este sueño dulce, ¿qué otra cosa le queda al imprudente, que se procuró este corto y facticio placer, que una languidez, un abatimiento, una debilidad, que son la justa pena de sus excesos?

Nos lamentamos de este hábito funesto, que mina la salud, y empobrece al que vive de este goce brutal; y no nos cansaremos de predicar contra él, presentando, como buenos moralistas, todos sus efectos. No es con lecciones, ni con doctrinas, como corregiremos estas costumbres: enseñemos el misterio de hacer delicioso el uso de la razon, el desarrollo y ejercicio de las facultades intelectuales: ¿queremos que el hombre no se embriague? pues enseñémosle á pensar: aprenda à fijar su atencion, à comparar, à reflexionar sobre todos

los objetos necesarios à su vida, à la felicidad de su familia, al buen orden social; y el vicio quedará desterrado. Cuando nuestros mayores no sabian, ni escribir, ni leer; cuando el pensar les era un tormento, arrastraban una vida puramente animal, el pequeño propietario, à ejemplo del grande, se deleitaba en la embiaguez, y la taberna era el lugar de mas honor, como lo era para los señores. Cuando la razon comenzó à desenvolverse, y el propietario aprendió à leer, y amó la lectura, adquirió algunas ideas, comenzó à pensar, bebió menos, y la embriaguez desertó de las casas donde habia penetrado la instruccion.

Pero, ¿cómo daremos educacion al hijo del propietario? Escitaremos su actividad, y dirigiremos sus tiernas facultades, poniendo en ejercicio su razon, enseñándole à comparar y à juzgar. Me explicaré: yo le haré contraer el hábito de observar las cosas y retenerlas en su memoria; y le haré contraer el hábito de medirlas físicamente con su mano, pie y cuerpo, para hacerle conocer las relaciones de magnitud: lo acostumbraré à juzgar de estas relaciones, ya á la simple vista, ya por el recuerdo de las pequeñas medidas que hubiere tomado.

Y, esto todavía no es trabajo: yo le haré esta ocupacion agradable, mostrándole que estos primeros conocimientos le dan agilidad, le preparan la victoria en el campo de los recreos pueriles. En nuestros primeros años, las nociones que se unen à nuestros placeres, son las mas profundas; asi como en una edad mas avanzada, lo son aquellas, que se unen à nuestros pesares.

Mas adelante, le representaré los objetos en todas sus formas y relaciones, no ya teniéndolo por horas enteras sobre un carton, y delante de un modelo difícil, sino ante de una pizarra colgada en la pared: alli, con un lapiz le trazaré los objetos mas simples, y él los imitará; repetirá este trabajo, pero poco tiempo cada vez; y cuando hubiese dibujado alguna cosa, haré que razone su dibujo; esto es, que busque en cada parte la relacion que tuviese con las demas, por una medida fundamental.

Le daré la idea del aplomo y del nivel, para que sepa imitar los objetos: le enseñaré à manejar la regla, el com-

pas, la escuadra y servirán á sus juegos geométricos, como les sirven á los mecánicos la bola del villar, el trompo y la perinola: le daré idea de la simetría, mostrándole algunos juegos, hechos con triángulos simétricos, rectángulos, romboides y cuadrados: las simetrías de las figuras mas complicadas, como la del rostro y cuerpo humano; la de las casas, alamedas, y adornos de nuestras habitaciones; y con esto se formará ya una idea de la belleza en las artes: le formaré despues su juicio, sobre las relaciones de la magnitud entre las partes de figuras semejantes; y cuando su razon estuviese mas perfeccionada, deducirá la magnitud real de las cosas, por la que tuviese á diversas distancias; y la estension de estas, por la dimension aparente de los objetos, cuya magnitud conocemos, y habré completado la educacion del sentido de la vista: luego por unos medios, no menos sencillos y eficaces, que estos, perfeccionaré el del oido.

Yo supongo que el niño, cuya educacion se me confia, habrá ya recibido en la casa paterna, ó en una escuela primaria, algunas lecciones de lectura y de escritura; que conoce los números, y maneja las cuatro reglas de cálculo, con cuyo auxilio le haré hacer, algunos cálculos útiles ó agradables, para que aprenda á valuar justamente todo lo que de-see ó necesite saber.

Adios, amigo, se me ha hecho tarde: en la siguiente continuaré esta educacion. *Manuel Maria Gutierrez.*

---

#### CARTA IV.

Continúo, amigo mio, la educacion de mi alumno labrador. Vivimos en una ciudad industriosa, donde hay un curso de geometría y de mecánica aplicadas á las artes; y á la verdad, que nos es necesario. Las aplicaciones alivian nuestro espíritu del peso de las ideas abstractas; asi como á la sombra de un bosque descansa nuestro cuerpo de la fatiga que hemos sufrido, atravesando una vasta llanura árida y seca.

Reconoceremos en este curso los triángulos, cuadrados, romboides, y los círculos y figuras de objetos regulares, y de objetos simétricos; gozaré del placer de ver á mi alum-

no esclamar alguna vez, »ya conocía yo eso, y sabía alguna cosa:” este placer tan puro que se siente hasta en los mas vastos desarrollos de la razon humana, cuando por un punto de contacto, una relacion que no habiamos previsto, se unen á la cadena de nuestros conocimientos, otros conocimientos incoherentes y aislados.

Mayor todavía será este placer, que es puramente de la vista, cuando pasaremos á la mecánica aplicada á las artes. Desde que nacemos, conocemos prácticamente las leyes de la mecánica; pero con mucha imperfeccion: guardamos el equilibrio; hacemos mover nuestros juguetes, ya hácia adelante; ya hácia atras; en línea recta y en línea curva, y sobre sus propios ejes. Cuando las conociéremos en teoría, presidirán á nuestros movimientos: serán mas ágiles nuestros ejercicios, y no será esta agilidad el resultado de repeticiones enojosas de movimientos mecánicos, que no dirige la razon, sino obra de nuestra mente.

Visitaremos los talleres, donde se trabaja la madera, el hierro, la tierra, ó la piedra; no para mirar, sin pensar; sino para aplicar nuestros conocimientos á las operaciones del obrero.

El carpintero, el sastre y picapedrero delinear tambien con el cartabon, el compás y la regla, y tiran sus paralelas y perpendiculares, y buscan y encuentran el aplomo y el nivel. ¡Que placer el nuestro, cuando hallaremos en la práctica nuestros conocimientos! Y, ¡qué vanidad tan pura, si podemos decirle al obrero, »tenemos que hacerte un regalo: te demostraremos que tu método, ó es inútilmente penoso, ó te puede conducir al error!”

Aunque aprenda de nosotros un método útil, ó le hayamos hecho abandonar una mala rutina, y nuestra alma haya experimentado aquel placer generoso que goza, cuando difunde entre los hombres algunos conocimientos útiles, no nos envanezcamos por eso; porque será muy fácil al obrero probarnos, que sabe en su oficio cien veces mas, que nosotros. Instruyamos sin orgullo; y seamos dóciles para aprender. Esto vale mas, que dar una limosna: la caridad hace al hombre un regalo que le humilla: el de la instruccion lo eleva, y contribuye á libertarlo de necesidades futuras.

Visitaremos las tiendas, talleres, molinos, batanes, tejares y fábricas, si las hubiese, y en todas partes veremos aplicaciones de nuestra geometría y mecánica: tal vez olvidaremos los principios pero aprenderemos la práctica, y la utilidad de ellos.

En estas diferentes correrías, un padre juicioso observará las impresiones de su alumno, la aptitud mas ó menos marcada, que manifieste, à la vista de ciertos trabajos, y quizá podrá conocer su vocacion particular: si descubriere su inclinacion à esta, ó aquella profesion, podrá abrirle esta carrera, y hacerlo, ó un aplicado labrador, ó un fabricante laborioso, ó un comerciante prudentemente atrevido.

Un gran propietario decia à su hijo: «Amigo mio: si no tomas un estado, tú vida será una cadena de privaciones y de trabajos: tendrás tus hijos; pero ¿cómo podrás alimentarlos, y trasmitirles aquel mismo bien estar, que yo pudiera trasmitirte á tí, si fueses mi hijo único, la mitad, si fueseis dos, y la tercera parte, si tres: porque no esperes de mí, que yo deje en la miseria à los menores para hacer opulento al mayor, y que la vanidad me haga mal padre, para que vosotros seais malos hermanos. Si te oprimiese la desgracia; si un infortunio imprevisto te arrebatase tu fortuna, como frecuentemente sucede; ¿qué harás, que será de tí: cuál tu oprobio? ¿Mendigarás de puerta en puerta? Pues bien, trabaja; ocúpate siempre, y mejorarás la existencia de tu familia: criarás y educarás tus hijos, aun cuando perudieses toda la herencia que yo te lego.»

Y, ¿cuáles fueron los frutos de estos sábios consejos? Una simple carta que se presentó en una discusion pública, os los relevarán. El genio de la retrogradacion perseguia inhumanamente à todos los hijos menores: él se indignaba al ver, que la igualdad presidia, asi en las pequeñas, como en las grandes fortunas: queria fundar el privilegio, con ayuda de la ley para hacer venerable, si posible fuese, un error: que la ley misma estipulase un derecho, que poco á poco fuese aniquilando la propiedad.

(Se concluirá.)

PALMA: por D. Felipe Guasp, IMPRESOR REAL.